Eduardo Arroyo

Galería Ármaga

29.11.2025 - 17.01.2026

ármaga
GALERÍA DE ARTE

Llevar el legado de Eduardo Arroyo es una responsabilidad inmensa, y mi mayor deseo es que su obra siga exponiéndose, estudiándose, respirando en diálogo con nuevas miradas. Como les recomendó Fernando Botero a sus hijos: "Exposiciones, exposiciones y exposiciones con mi obra".

Para esta exposición en la galería Ármaga hemos seleccionado algunas de sus obras emblemáticas, entre ellas sus inconfundibles fantomas. A partir de ellas construimos una narración en la que cada pieza conversa con la siguiente, tejiendo un recorrido donde circulan sus personajes literarios, sus guiños artísticos y ese imaginario tan propio que solo Eduardo sabía plasmar. La muestra reúne sus lenguajes —escultura, gráfica, pintura, dibujo, collage y cerámica— recordando que, aunque versátil y siempre inquieto, él se definía ante todo como pintor.

No quisiera dejar de mencionar una anécdota que considero esencial para quien se acerque a esta exposición: la visita a la instalación de Eduardo en Puerta Castillo en León. Sus esculturas —las célebres moscas, el unicornio, o la figura mitológica de Eolo— fueron fuertemente criticadas. Tras más de una década aguardando a que el conjunto escultórico viera por fin la luz en la plaza, la frustración alcanzó tal intensidad que Eduardo llegó a declarar públicamente que arrojaran las piezas al Bernesga y crearan con ellas un museo acuático para quien quisiera contemplarlas.

Esta exposición, una vez más, me ha permitido sumergirme en el universo de Eduardo Arroyo y confirmar su fuerza creativa. Cada obra vuelve a recordarme su ingenio, su humor, su mirada crítica y su capacidad para transformar lo cotidiano en arte.

Isabel de Azcárate

Las obras de Eduardo Arroyo muestran siempre una actitud voluntariamente provocadora. Su mirada, aguda e implacable, ha convertido su trabajo en un espacio de reflexión crítica, en un territorio de resistencia frente a lo establecido. A través de una figuración radicalmente personal, Arroyo ha cuestionado con lucidez y acidez la realidad política, social e histórica de su tiempo, logrando en sus imágenes una fuerza visual y conceptual inconfundible, donde lo intelectual convive con una lectura abierta, irónica y profundamente contemporánea.

Como señala el propio artista: «Una palabra es una imagen; un cuadro, y por qué no, un cuadro es una palabra». En esta afirmación se condensa buena parte de su pensamiento: la convicción de que la pintura es también lenguaje, discurso y contestación.

La exposición en la galería Ármaga presenta una cuidada selección de aproximadamente cincuenta piezas entre lienzos, esculturas, collages, dibujos, objetos, libros y obra gráfica, que trazan un recorrido coherente por la evolución vital y artística de Eduardo Arroyo. El conjunto permite apreciar la riqueza de su universo iconográfico, su singular manera de abordar el retrato, la máscara, el personaje literario y la figura pública, así como su permanente diálogo con la historia del arte, la literatura y el teatro.

Para mí, como directora de la galería, este proyecto posee un significado especialmente profundo. Después de veinticinco años, Ármaga vuelve a acoger la obra de Eduardo Arroyo entre sus paredes, retomando un vínculo marcado por el respeto, la admiración y la coherencia artística. Es, sin duda, un proyecto de gran envergadura en una pequeña galería de León, pero también una declaración de principios: la firme voluntad de acercar al público propuestas artísticas de primer nivel, críticas, inteligentes y necesarias.

Deseo expresar mi más sincero agradecimiento a Isabel de Azcárate y a su sobrina Ana Aquilina por su generosidad, disponibilidad y apoyo incondicional para hacer posible esta exposición. Asimismo, extiendo mi reconocimiento a todo el equipo de Ármaga, María Pérez y Fran Santa Cruz, por su entrega, profesionalidad y sensibilidad a lo largo de todo el proceso. Quiero destacar su valiosa aportación, cuya visión joven, profunda y valiente ha quedado reflejada en los textos que acompañan esta muestra. Enfrentarse, desde su propia mirada y reflexión personal, al inmenso corpus crítico que ha generado la obra de Eduardo Arroyo es un gesto de audacia intelectual y compromiso con el pensamiento contemporáneo. Su aportación no solo enriquece este catálogo, sino que aporta una lectura nueva, fresca y necesaria, capaz de dialogar de igual a igual con una figura tan decisiva en la historia del arte reciente.

Eduardo Arroyo no solo es un referente imprescindible del arte español contemporáneo; es una voz que sigue interpelándonos. Esta exposición es una invitación a observar, a pensar y, sobre todo, a no permanecer indiferentes.

Margarita Carnero Robles
Directora de la Galería Ármaga.

El particular universo iconográfico de Eduardo Arroyo siempre ha estado presente en mi recuerdo del espacio público de la ciudad de León. En mi adolescencia fue telón de fondo de muchos viernes por la tarde. Nos sentábamos en las escaleras del Archivo Histórico Provincial, que proporcionaban un asiento estupendo cercano a un quiosco en el entorno de Puerta Castillo. La Mosca estaba detrás, el Unicornio de Laciana arriba. Por aquel entonces, el Eolo estaba demasiado lejos y las Vanitas me resultaban demasiado oscuras y protegidas. Supongo que a la mayoría de los viandantes les sigue pareciendo inconexo, incluso una broma de mal gusto de "algún artista de los que triunfan ahora".

En realidad no se equivocan, pues ese tal artista no es menos que uno de los estandartes del arte contemporáneo español de las últimas décadas. Por supuesto, yo esto tampoco lo supe hasta que un profesor de Historia del arte nos habló de ello en el instituto. En parte, creo que tanta intriga por entender que hacía ese conjunto escultórico entre la muralla y el Arco de la Cárcel me empujó a estudiar el Grado en Historia del Arte. Durante mi formación siempre ha sido un asunto recurrente. Con el paso de los años, consulté todos los libros que me encontré en relación a ello y fui a ver la documentación del proyecto en el Archivo Municipal, consiguiendo acercarme por fin a su comprensión.

Sin embargo, siempre hay más que conocer de Arroyo. Al entrar en contacto con la Galería Ármaga ha resultado un asunto recurrente, sobre todo al saber que Eduardo realizó en ella una exposición individual a principios de este siglo, momento en el que se empezó a gestar el proyecto escultórico. Hoy, por fortuna, algunas de las moscas de Arroyo se han posado durante unas semanas en el pilar de la entrada de la galería.

A Arroyo le interesaba ocultar los rostros. A veces los llenaba de color, los cegaba con tonos vivos presentes en su paleta, como en El negro de Narciso o La cocinera del Potemkin. Resultaba algo irónico, un reproche a los pintores que estaban tan ensimismados en su pintura que no podían ver la realidad. Ciertamente, creo que yo no vislumbraba lo que ocurría detrás de la dichosa mosca, el unicornio, el dios de los vientos y la alegoría de la muerte. Tenía la cara llena de, por lo menos, seis o siete colores. Con el paso de los años quizá hay alguno menos… O a lo mejor unos se han ido para dejar hueco a otros.

Otras obras me han generado, durante la preparación de esta exposición, una gran curiosidad. Es el caso del suceso anecdótico del neoyorkino Hotel Waldorf Astoria, en el cual la bailaora flamenca Carmen Amaya tuvo a bien usar como parrilla para varios kilos de sardinas el somier de la cama de su habitación. Me imagino que lo haría, como se suele decir, con nocturnidad. Quizá no con mucha alevosía. Precisamente, a Eduardo Arroyo le atraía lo quemado, lo negro, lo nocturno, por lo que se reflejó en el deshollinador, quien va combatiendo la ceniza mientras él mismo se mancha, como ocurre cuando el dibujante va perfilando con el carboncillo - Arroyo comenzó su carrera artística con tal oficio - para desatascar los restos de la experiencia acumulada que le permita seguir viviendo intensamente.

Me faltaba, como logró el retratado por Arroyo, Walter Benjamin, comprender la historia, condensarla en sus formas espaciales, en sus estructuras premonitorias. Seguramente, el sinónimo de historia estaría más cerca de ser violencia que de progreso en sí. Esto implica resaltar el presente…

(Falta por terminar)

María Perez Fernández.

Eduardo Arroyo escogió la pintura porque le permitía captar esos relámpagos que se imponen cuando menos lo esperas. Su formación fue autónoma, libre, impulsada por consejos que le daban sus compañeros de profesión, después amigos. Con ellos aprendió cuando realizaban residencias artísticas en el sur italiano. Funcionando como un punto de encuentro para exiliados y un símbolo de la melancolía y la lucha por la supervivencia del anonimato. Al finalizar sus lienzos, se los compartían y exhibían en las habitaciones del resto de pintores que allí se encontraban, de manera que la obra dejaba de pertenecerles, pues no convivían realmente con su obra sino con la ajena. Resultado de aquella experiencia puede surgir El Anónimo del Café Byron donde la tensión entre la notoriedad de Lord Byron y el anonimato del supuesto autor de textos o panfletos en el "Café Byron" introduce la idea de la identidad secreta y la comunicación a través de un "alter ego" o la negación de la autoría.

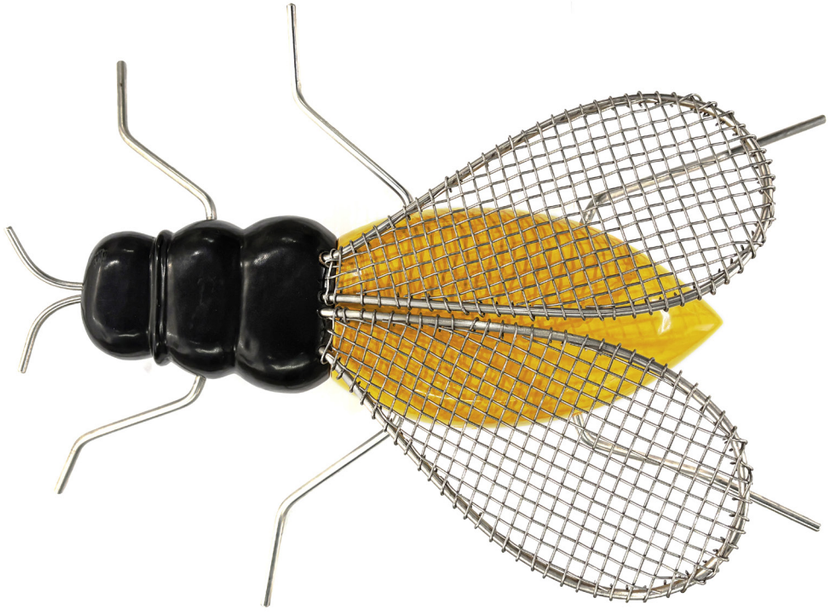
Esta idea se hace especialmente notable en la serie que dedicó a aquel personaje literario que cautivó sus lecturas parisinas. La figura de Fantomas (Criminal enmascarado, vive entre dos mundos: el de la ley y el del delito, el disfraz y la identidad verdadera) se convierte en una de las claves más interesantes de la obra de Eduardo Arroyo. Utilizándola como un alter ego simbólico que habla perfectamente de su biografía, su pensamiento político y su visión del arte, todo bajo el prisma de su condición de exiliado, fuera del sistema, pero observándolo críticamente. Arroyo, usando el disfraz como metáfora de su identidad escindida (español lejos de España; artista fuera de los círculos oficiales), convierte a Fantomas tanto en recuerdos personales como en los espectros del arte y la cultura. Le sirve como espejo de su propia lucha contra el poder económico y político del arte institucional, convirtiéndolo así en un símbolo del artista rebelde, que tras su antifaz negro roba imágenes y sentidos para devolverles significado.

La obra original de Oscar Wilde y su posterior reinterpretación por Arroyo, El Retrato de Dorian Gray gira, también, en torno al "doble" en un sentido metafórico: el hombre joven y bello por fuera, y el retrato que envejece y muestra corrupción de su alma y sus pecados. El rostro público es una máscara de eterna juventud que oculta la decadencia interna. Una máscara, que en el caso de la obra de Arroyo sale del lienzo y se convierte en una metáfora de su propia imagen: "Arrogante, Dorian Gray no envejece, no sabe medir el tiempo. Y tú, que eres el autor del retrato, ves cómo aumentan tus canas. La nieve sustituye a la nieve sobre la capa sucia cae la limpia y la historia se hace pequeña (...)".

Francisco Santa Cruz.



Mosca, 2007
Bronce y acero inoxidable
23 x 19 x 6 cm



Mosca, 2007
Bronce y acero inoxidable
40 x 32 x 12 cm

Anónimos en el café Byron, 2006
Óleo sobre lienzo
97 x 130 cm

Walter Benjamin o la teoría de la cortina de humo I, 1992
Aguatinta
163 x 41,5 cm

Walter Benjamin o la teoría de la cortina de humo II, 1992
Aguatinta
163 x 41,5 cm







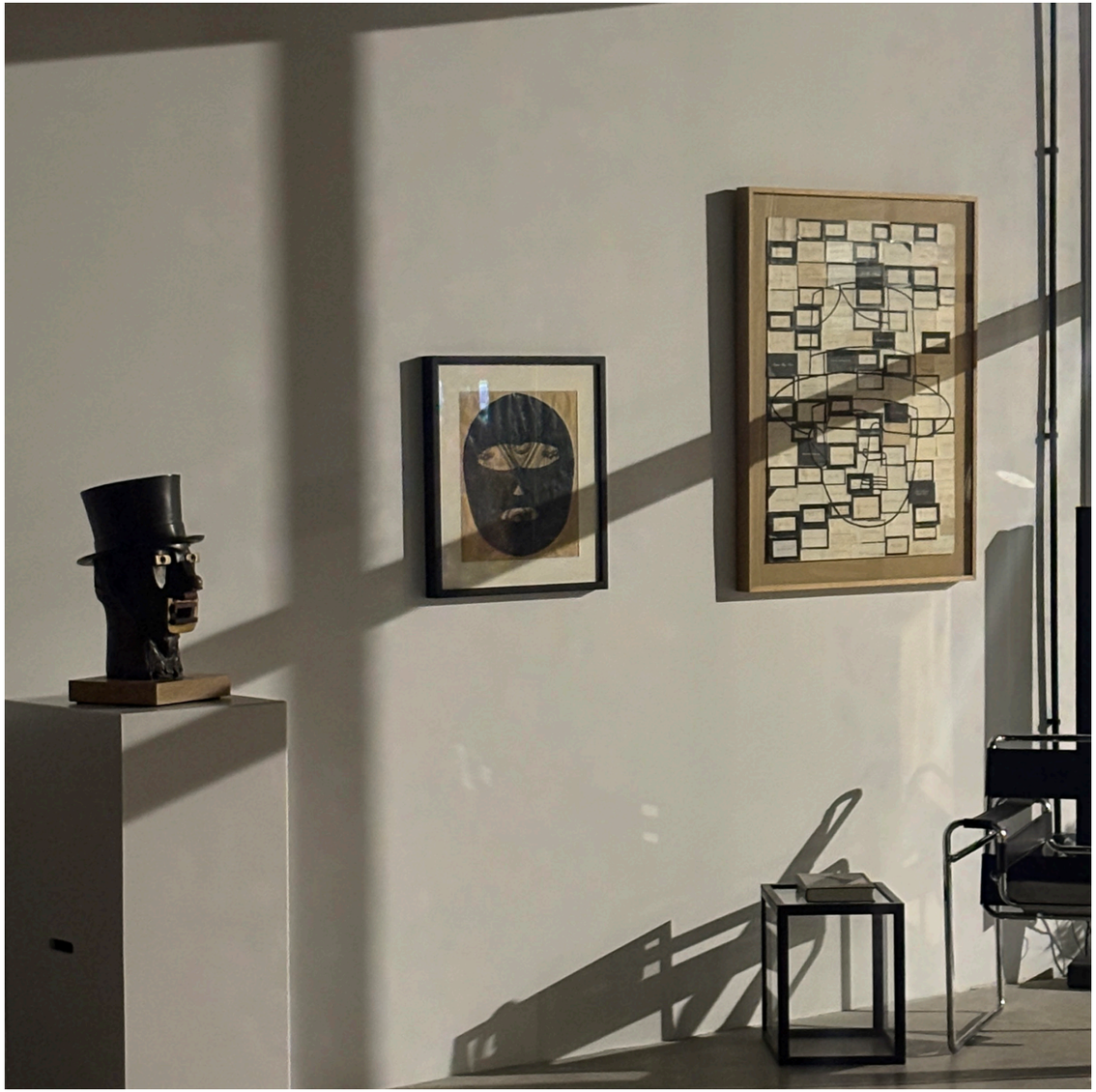
Deshollinador, 1980
Bronce y materiales diversos
47 x 30 x 15 cm

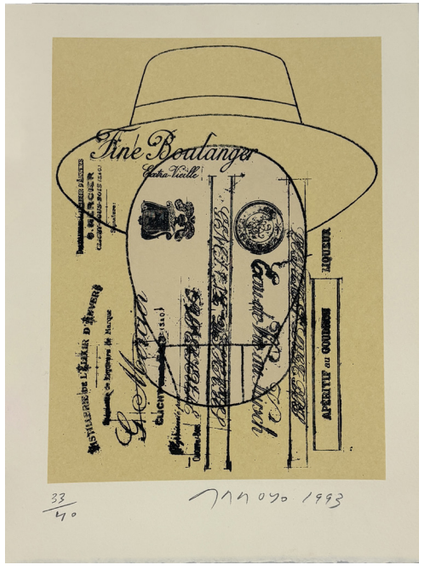


Deshollinador , 2008
Cerámica serigrafiada
28 cm diámetro



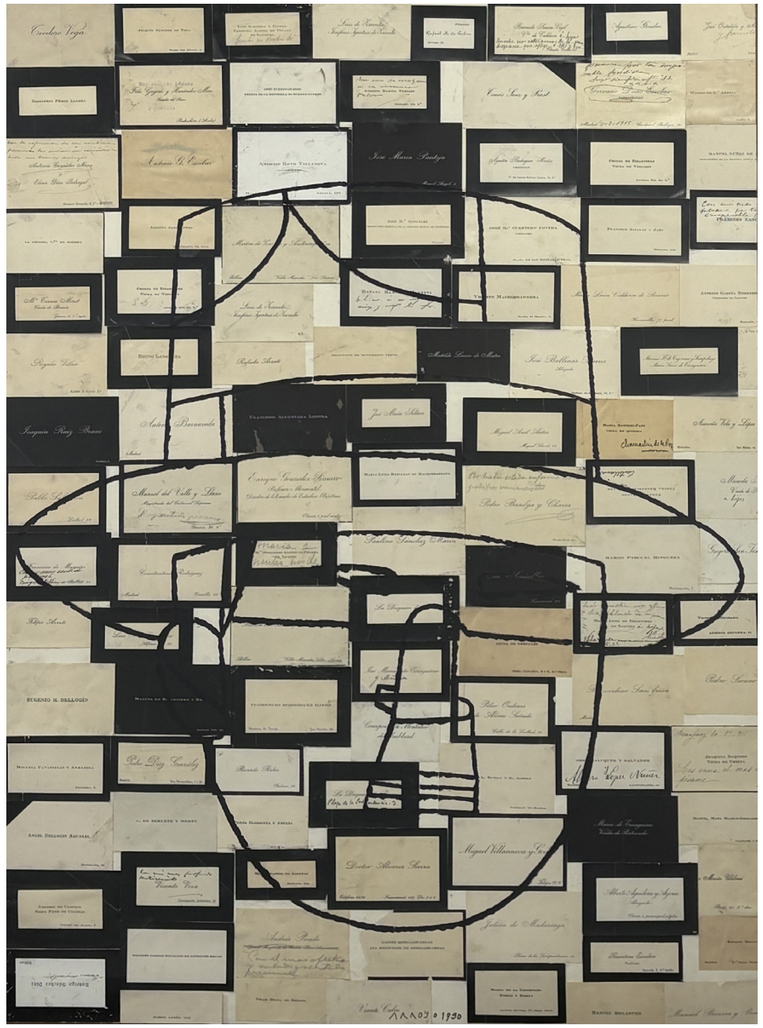
Deshollinador, 2004
Cerámica
5 cm diámetro





Servicio Secreto, 1995
Litografía (2 colores)
32,6 x 24,7 cm

Servicio Secreto, 1990
Ripolin y collage sobre papel
89 x 66 cm



La maison de Fantomas, 2006
Óleo sobre lienzo
46 x 47 cm



“Fantomas”
“¿Qué has dicho?”
“He dicho: Fantomas.”
“¿Y eso qué significa?”
“Nada... Todo!”
“Pero, ¿Qué es eso?”
“Nadie.. Y aún así, sí, es alguien!”
“ ¿ Y que hace ese alguien?”
“Difunde terror!”

Fantômas
Marcel Allain, Pierre Souvestre
Pág. 1



Fantomas constructivista, 2006
Collage, tinta y esmalte sobre papel
31,5 x 21 cm



Fantomas, 2006
Collage, técnica mixta y esmalte sobre papel
82,5 x 63 cm



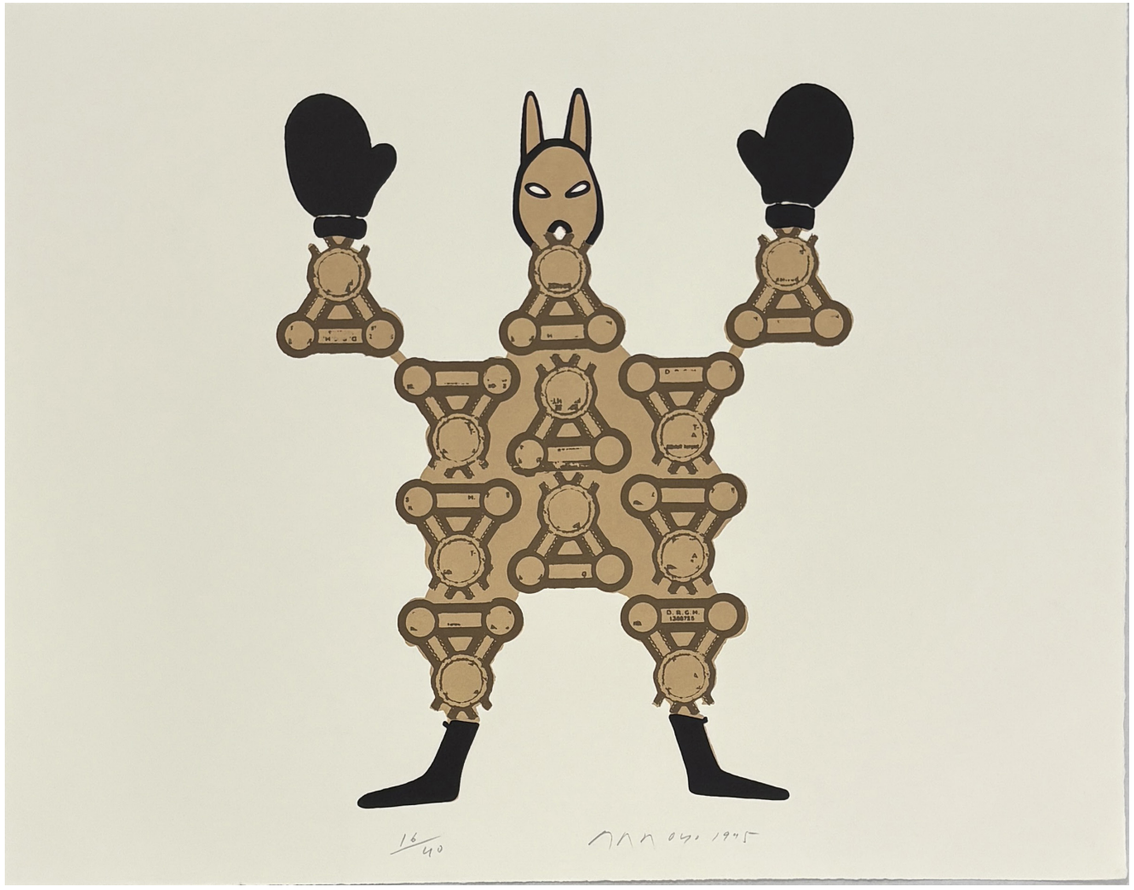
Fantomas, 2007
Gouache y esmalte sobre papel
42 x 37 cm



Fantomas constructivista, 2007
Acuarela, tinta y esmalte sobre papel
40 x 30 cm

" Justo ahora hablabas de Fantomas, señor-"
El presidente lanzó una mirada crítica al joven y no le respondió directamente.
" A eso quiero llegar, por supuesto, me han entendido, señoritas. En estos días hemos sido angustiados por un acceso constante de ciminalidad, y entre estos activos debemos ante todo tener en cuenta a la criatura mas misteriosa y peligrosa de todas, a quien las desconcertadas autoridades y el rumor público generalmente han nombrado Fantomas desde hace un tiempo.

Es imposible decir exactamente o conocer con precisión quién es Fantomas. A veces asume la forma y la personalidad de un destacado y bien conocido individuo; a veces asume la forma de dos hombres a la vez, al mismo tiempo. A veces trabaja solo, a veces con cómplices; a veces se identifica como cualquier persona, pero nadie ha conseguido aún llegar a saber quién es Fantomas realmente. Que es un ser vivo es cierto e innegable, y aún es imposible de arrestar o identificar. Él está en todos los sitios y en ningún sitio a la vez, su sombra flota sobre extraños misterios, y sus huellas halladas en los más inexplicables crímenes, y aún así..."



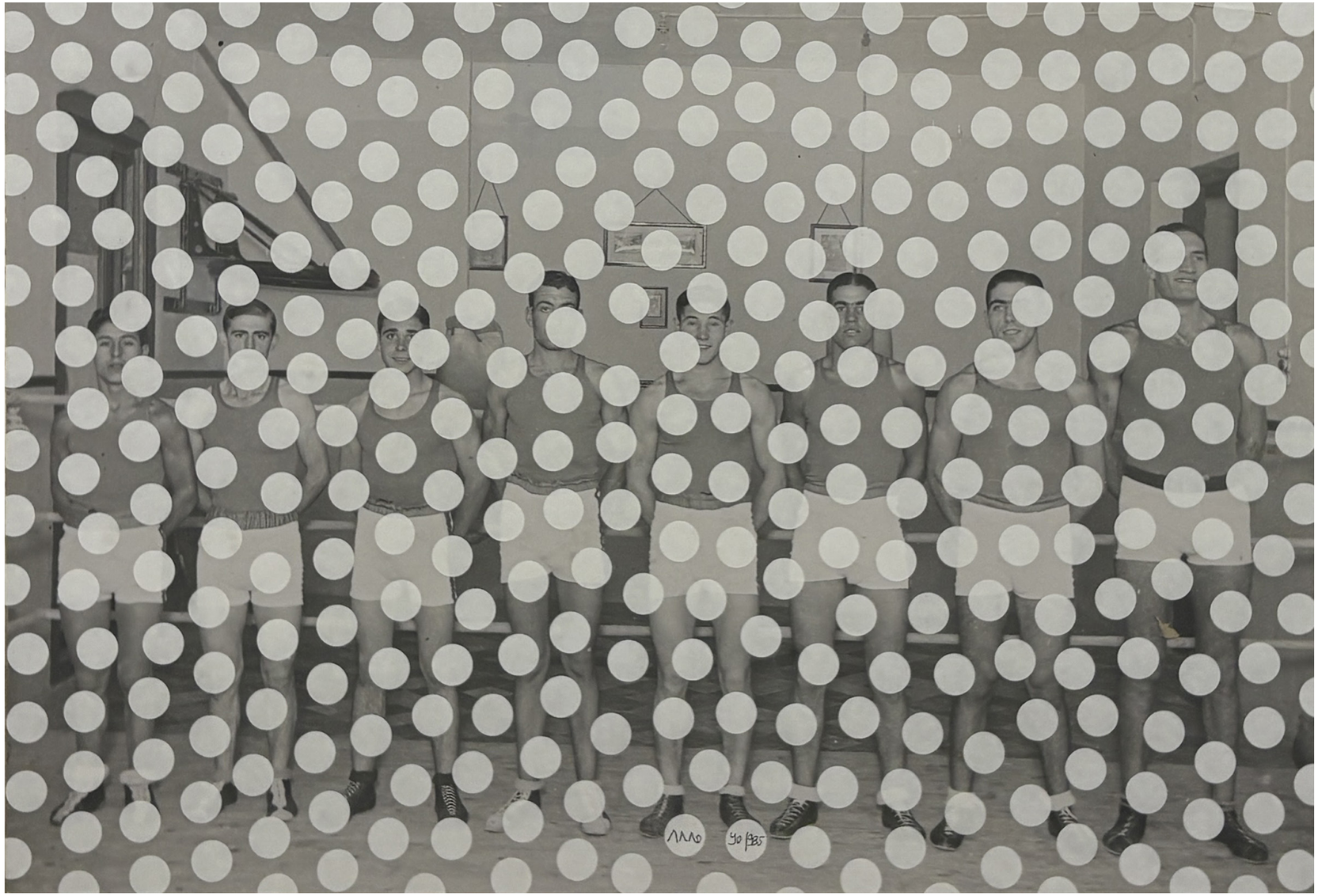
Canguro boxeador, 1995
Litografía (3 colores)
51 x 65,5 cm



Mr Diabolik, 2002
Óleo sobre lienzo
33 x 24 cm



El diputado enmascarado, 2017
Óleo sobre lienzo
33 x 24 cm



Boxeadores, 1985
collage sobre papel
25 x 38 cm


CVLE BRIOU CVLE
FOU CVLE



El rey de la noche, 1995
Litografía (2 colores)
32,8 x 76 cm

El rey de la noche, 1997
Aluminio
62 x 50 x 19 cm





Fu Manchu, 2001
Técnica mixta sobre papel
100 x 70 cm

El retrato de Dorian Gray, 2014
Óleo sobre lienzo
130 x 97 cm

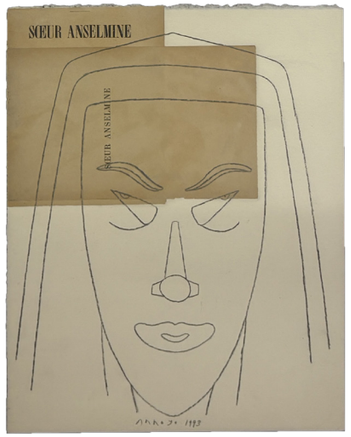
"(...) Yo sigo creyendo en la ética estética. Y vivo con perspectivas, con ilusiones, con esperanzas a largo plazo. Si bien el momento del último cuadro se acerca mientras estás pintando, el propio lienzo, que no tiene prisa y se va deteniendo, se te resiste y te susurra al oído lo que se te avecina.

(...) "¡Qué tragedia! ¡El cuadro no envejecerá nunca, yo sí! ¡Oh, si fuera posible lo contrario!". ¿Serían acaso éstas las primicias del perturbador Retrato de Dorian Gray?

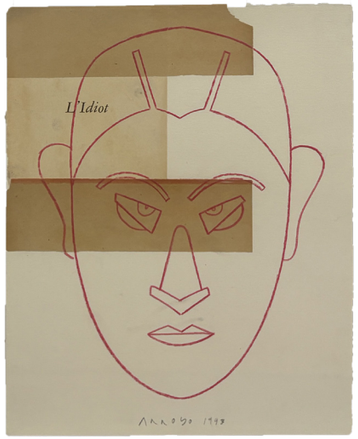


De *El retrato de Dorian Gray* recordaré el final y el principio. He aquí el impresionante párrafo con el que Wilde termina el libro: - Al entrar, encontraron, colgando en la pared, un espléndido retrato de su amo, tal como le habían visto últimamente, en toda la maravilla de su exquisita juventud y de su belleza. Tendido sobre el suelo había un hombre muerto, en traje de etiqueta, con un cuchillo en el corazón. Estaba ajado, lleno de arrugas y su cara era repugnante. Hasta que examinaron las sortijas que llevaba no reconocieron quién era -. Y ahora el principio: - El estudio estaba lleno de un fuerte olor a rosas, y cuando una ligera brisa estival corrió entre los árboles del jardín, trajo por la puerta abierta el pesado aroma de las lilas y el perfume más delicado de los floridos agavanzos rosados -."

Minuta de un testamento
Eduardo Arroyo
Pág. 132-133





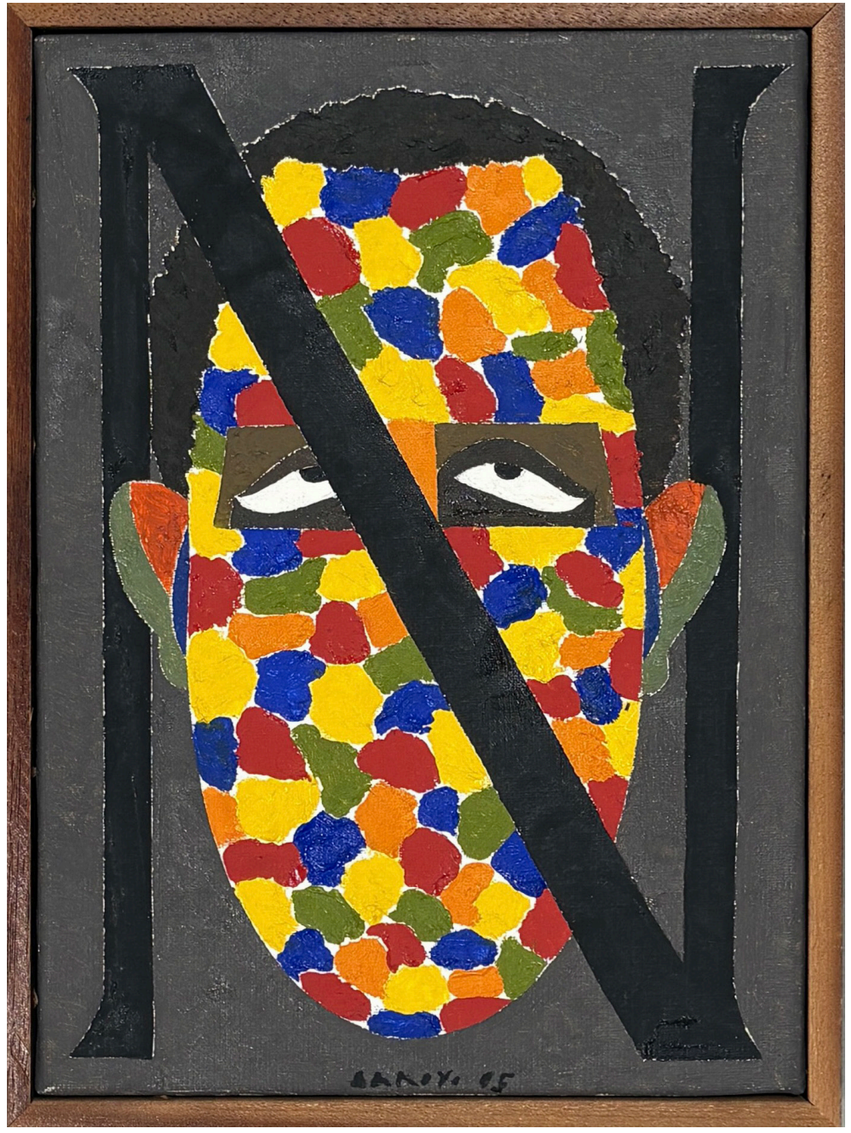


Soeur Anselmine, 1993
Técnica mixta y collage sobre papel
33 x 25 cm

Mama cenicienta, 1993
Técnica mixta y collage sobre papel
36 x 25 cm

L´idiot, 1993
Técnica mixta sobre papel
33 x 25 cm


MAMA



"El Narciso de pacotilla está mirándose, quiere adueñarse de su propia imagen con tanta ambición que no la puede compartir con nadie. Narciso no permite que los demás le miren por temor a que la mirada ajena deposite su velo sobre su efigie. Hace unos años, lejos de los ritos matutinos sin importancia de Narciso, me convertí en un payaso de andar por casa maquillando una foto mía hecha por Toni Bernad. Pinté un disco blanco en cada uno de mis ojos y en mi nariz un disco rojo. Rojo como la pastilla roja con que los galeritas indican que la obra ya está vendida. Soy un payaso. Para ayudarme en la tarea de convertirme en artista de circo, alguien me mandó un texto de Jean Starobinski (*Retrato del artista como saltimbanqui*): (...)"

Minuta de un testamento
Eduardo Arroyo
Pág. 134

El negro del Narciso, 2017
Óleo sobre lienzo
33 x 24 cm



Delacroix, 2017
Linograbado (4 colores)
60,5 x 49 cm



Delacroix, 2017
Linograbado (4 colores)
60,5 x 49 cm









Olympe Pelissier, 2015
Collage
47 x 40 cm

Maddalena Donni, 2014
Collage
47 x 39,5 cm

Mademoiselle Evangelista, 2015
Collage
47 x 40 cm

Melmoth, 2014
Collage
47 x 39,5 cm





Zapato, 2014
Collage
26,5 x 23,5 cm

Zapato, 2014
Collage
26,5 x 23,5 cm



Vanité, 1996
Piedra y plomo
28,5 x 18 x 23 cm



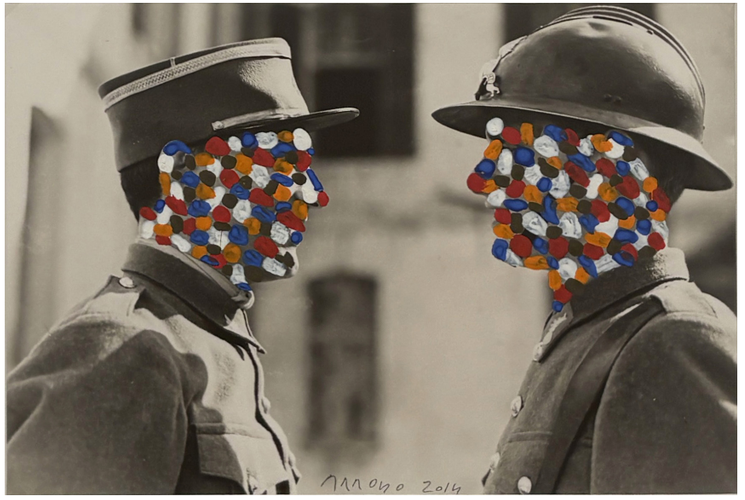
Vanité, 1996
Piedra y plomo
25 x 15 x 26 cm



Marino, 2014
Técnica mixta sobre papel
22 x 34,4 cm



La cocinera de Potemkin, 2006
Serigrafía (13 colores)
50 x 35 cm



Vanité, 1996
Piedra y plomo
25 x 15 x 26 cm



L´africana, 1972
Terciopelo, hierro y madera
31 x 33 x 8 cm



Madame Butterfly, 1993
Pochoir (7 colores)
40 x 30,7 cm

Brelan, 2018
Agagrabado
75 x 59,5 cm





"Creo que la posible coherencia de mi pintura es una suma de incoherencias. Nunca pretendí crear una gramática que me fuese propia ni intenté luchar por hacerme con una escritura original. Desgraciadamente, esta incoherencia, este "no estilo" acaso hayan producido un estilo. Me gustaría que la gente se sintiese atraída por un cuadro sin poder identificar al autor. La narración es el elemento literario dentro del cuadro. El problema fundamental es la pintura en sí, cómo hablar del objeto que uno está pintando y cómo hacerlo verosímil.
Si tú pintas un cubo de agua al lado de un zapato, los dos objetos deben ser pintados de distinta manera. Tienes que apoyar con el pincel de una manera diferente, rascar, aplicar la pintura de otro modo. Hay que inventar cada vez la manera de pintar para que el tema adquiera vida y significación. La idea es dar a la pintura una verosimilitud, una referencia a algo que está en la vida y no guardado en el fondo del armario. Eso es lo auténticamente difícil. Ahí está el gran reto pictórico."

Minuta de un testamento
Eduardo Arroyo
Pág. 336

Brelan, 2018
Aguagrabado
75 x 59,5 cm

Eduardo Arroyo (Madrid, 1937 - 2018) se empapó del idioma del país vecino desde niño en el Liceo Francés de Madrid. Pasó su infancia entre la capital española y Robles de Laciana (León), donde tenía una casa su familia. Dibujaba de manera compulsiva, lo dibujaba todo; si bien siempre quiso ser escritor. Empezó a interesarse por la literatura norteamericana, autores que habían viajado y habían comenzado su carrera como periodistas.

Por eso mismo se licenció en Periodismo en 1958. Ese mismo año se fue a París. Nunca se identificó con la etiqueta de "exiliado", pues él decía ser opuesto a todo lo dictatorial: más que por persecución del régimen franquista, se fue por aburrimiento de este. Allí quería tomar aire y convertirse en escritor. Comenzó a compaginarlo con la pintura, intentando equilibrar ambas disciplinas, que inevitablemente se entrelazaron durante toda su carrera. París le hizo involucrarse políticamente, mucho más de lo que lo hizo en España. Es entonces cuando se integra en un grupo de pintores que expone de forma habitual en el Salón de la Joven Pintura. Admira a artistas como Giorgio de Chirico, Francis Picabia o Max Ernst. Sin formación académica en pintura, niega la dictadura de la abstracción imperante en la década de los 60, la experimentación duchampiana y las vanguardias de principios del siglo XX. Basa su composición en colores planos y contornos contundentes. Participó en la que luego se conocería como "Figuración narrativa". Por lo tanto, no tiene mucho que ver con el Pop art, pues es más bien Neofiguración que incluye literatura y política, trazando una particular historia subjetiva de España vista desde el exilio.

Recupera su pasaporte español en 1977, tras haber estado en Berlín reinterpretando la ronda de noche de Rembrandt, haciendo escenografías para diversas muestras teatrales y en la Bienal de Venecia de 1976. Sin embargo, se instaló de nuevo en París otros cinco años más, pues realmente no sería un retorno verdadero hasta que pintase un cuadro en España. En 1982 presentó una exposición en el Centro Pompidou donde admitió que su postura política y artística sumamente crítica se estaba difuminando. Por fin vuelve, entonces, a Madrid, además de recuperar su casa familiar como taller y hogar en Robles de Laciana.

Arroyo dice "haberse perdido la Transición", por lo que a su regreso, se integró plenamente en la vida cultural del país, al tiempo que mantenía su presencia en bienales, museos y galerías de toda Europa. Su obra abarcó pintura, escultura, escenografía y obra gráfica, siempre atravesadas por referencias literarias, históricas, irónicas y del boxeo que enriquecieron su universo iconográfico. Hoy en día, su trabajo forma parte de las principales colecciones públicas y privadas internacionales.

La obra de Eduardo Arroyo sigue interpelando al presente con una lucidez extraordinaria. Su obra habla de identidad y de memoria desde un ingenio visual que lo hace único. Con el paso de los años, se ha convertido en una de los referentes del arte contemporáneo de la segunda mitad del siglo XX y principios del siglo XXI.

